

LA PAZ DE CRISTO EN LA LITURGIA BIZANTINA

Uno de los temas fundamentales del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, es la PAZ y la EUCARISTIA. Decir Eucaristía es decir paz y unidad, como lo expresa la Iglesia en la oración secreta de la Misa romana del Santísimo Sacramento: «Unitatis et *pacis* propitius dona concede, quae sub his muneribus mystice designantur (Concede propicio, oh Señor, los dones de la unidad y de la paz, místicamente representados en estos dones = el Pan y el Vino de la Eucaristía, que se ofrecen en la Liturgia)».

La paz de Cristo en la Liturgia.

No voy a detenerme en explicar los conceptos de liturgia y de paz, pues los supongo ampliamente conocidos de los lectores; sólo quiero advertir que en este artículo la palabra «liturgia», hablando del rito bizantino, significa la «misa» o culto de la asamblea cristiana, y la palabra «paz» tiene un significado estricto de «quietud y reposo en el orden», sin otras consideraciones derivadas de la idea principal.

Por varios caminos podemos llegar a la conclusión de que los dones litúrgicos son el símbolo de la paz.

Primeramente, Jesucristo que se hace Eucaristía en la liturgia, supremo Liturgo y Víctima eucarística, es, digamos con Isaías y aludiendo al cantor de los *Nombres de Cristo*, Príncipe de la Paz. «Porque, como sigue la luz al sol, así este beneficio acompaña a Cristo siempre y es infalible señal de su virtud y eficacia» (Fray Luis de León, BAC 2.^a edic. pág. 595). Tres cosas quedaron miserablemente dañadas en el pecado original: la razón con ignorancias, la carne con sus males siniestros dejados sin rienda, y la voluntad sin gusto para el bien y golosa para el mal; enfermedad, que sólo puede ser sanada con el don de la gracia, que es salud y verdad. Y la gracia sólo Cristo pudo merecerla y otorgarla. Cómo la gracia, sanando la enfermedad humana, cría la paz en todo el hombre interior y exte-

rior, lo describe maravillosamente Fray Luis de León en el nombre de Cristo de Príncipe de la Paz. «La gracia, dice, es como una deidad y una como figura viva del mismo Cristo, que, puesta en el alma, se lanza en ella y la deifica, y, si va a decir verdad, es el alma del alma»; y después de abundar más en esa misma idea con reflexiones y comparaciones, dice a manera de conclusión: «la gracia, como es semejanza de Dios, entrando en nuestra alma y prendiendo luego su fuerza en la voluntad de ella, la hace por participación, como de suyo es la de Dios, ley e inclinación y deseo de todo aquello que es justo y que es bueno. Pues, hecho esto, luego por orden secreta y maravillosa se comienza a *pacificar* el reino del alma, y a concertar lo que en ella estaba encontrado, y a ser desterrado de allí todo lo bullicioso y desasosegado que la turbaba; y descúbrese entonces la paz, y muestra la luz de su rostro y sube y crece, y finalmente queda como reina y señora». Esta junta de la gracia y de la paz, la subraya frecuentemente San Pablo en sus cartas: «Justificados con la gracia, luego tenemos paz con Dios», dice a los *Romanos* (5, 1). «Gracia en vosotros y paz de Dios Padre nuestro» a los *Efebios* (1, 2). Y si de todos los sacramentos podemos decir que son fuentes de paz, como son fuentes de gracia, más particularmente hay que decirlo de la Eucaristía, donde, además de la gracia sacramental, se nos da al mismo Autor de ella; donde, además del don, se nos da al donante, Jesucristo, Príncipe de la Paz.

En segundo lugar, la Misa como sacrificio eucarístico es también símbolo de paz. Para ello basta recordar sumariamente el estado de la humanidad que siguió a la caída de Adán en el pecado original. Las puertas del cielo quedaron cerradas. El pueblo de Dios ofrecía sacrificios placatorios a Jehová, víctimas animadas, frutos de la tierra, quebrantamiento de la voluntad..., pero Dios en ninguno se complacía; les faltaba a todos ellos el valor infinito, necesario para reparar una ofensa infinita. «Entonces dije: yo voy» a la tierra, me hago hombre, hago el sacrificio de mi vida, y aplaco satisfactoriamente la majestad de Dios; tal fué el plan providencial de la segunda Persona de la Santísima Trinidad, de Jesucristo nuestro Señor. El sacerdote sumo, se inmoló a Sí mismo, víctima infinita, en el ara de la Cruz, y quedó como sacrificio permanente, memorial de su muerte, sacramentado en la Eucaristía. La Eucaristía es, por tanto, como el sacrificio del Calvario, un sacrificio placatorio, para impetrar de Dios la reconciliación y la *pacificación* del mundo pecador.

La paz de Cristo en la Liturgia Bizantina

Si toda Misa es sacrificio de paz en su contextura eucarística y esencial, lo es de manera sorprendente la Sagrada Liturgia bizantina en sus formularios de los SS. Doctores Juan Crisóstomo y Basilio Magno. No son estos grandes doctores de la Iglesia griega los autores de los formularios, que llevan su nombre, sino que recogieron, agruparon y armonizaron, dándoles unidad litúrgica, los elementos oracionales existentes desde la más remota antigüedad cristiana. Las fórmulas de la Misa bizantina condensan toda la oración de la Iglesia primitiva y reflejan toda una época de catacumbas, de persecuciones, de dificultades para la Iglesia. Es precisamente este fondo de dificultades, en que se debate la Iglesia, lo que caracteriza los formularios de la liturgia bizantina. Sus textos son rezos de paz, son el remanso y la quietud para los atletas de Cristo, son el aliento y la energía en los combates por la fe. La Misa bizantina es Misa eminentemente *pacífica*.

Examinémoslo más detenidamente.

En el rito de la proscomidia, que es la preparación del sacerdote para celebrar el santo Sacrificio, ya se apunta la necesidad de la paz. Paz ante todo del sacerdote liturgo en relación con los demás y en su interior. «Debe estar el sacerdote, dicen las rúbricas bizantinas, en paz con todos y no tener nada contra nadie», y acercarse al santo altar con «el corazón limpio de pensamientos malos». Y para estimular al sacerdote a esta *pacificación* de su espíritu en relación con las malas inclinaciones de su voluntad y con los hombres con quienes convive, propone la sagrada liturgia el ejemplo del Cordero de Dios, víctima pacífica, mansa y humilde, que, llevada al matadero, no desplegó sus labios y en silencio fué sacrificada.

Nos encontramos ya en el umbral de la liturgia. Para un oriental, el templo es como el paraíso, donde se dan cita la Iglesia militante, purgante y triunfante; en la gran asamblea eucarística todos tienen su puesto: el Padre celestial, al que se ofrece el Sacrificio; el Hijo, sacerdote y Hostia; el Espíritu Santo, vivificador de los santos dones, la Virgen, madre del hogar cristiano; los santos ángeles que asisten extasiados y cantan el himno tres veces santo; los bienaventurados moradores del cielo; nuestros hermanos difuntos, que aguardan el descanso allí donde resplandece la luz de la divina faz;

el sacerdote que ofrece el divino sacrificio; los ministros que le asisten; los diversos grados de la jerarquía; las autoridades que nos gobiernan, con todos los fieles presentes física o espiritualmente. Es transcendental esta concepción litúrgica de los orientales para comprender mejor todo el ambiente irénico de la liturgia bizantina.

El himno de los Querubines es en este sentido altamente orientador: «Nosotros, los que representamos místicamente los Querubines y cantamos el himno tres veces santo a la Trinidad vivificante, apartemos ahora toda solicitud temporal.» Atmósfera de paz, almas sosegadas y libres de mundanales ruidos, tibio encanto de oraciones reposadas, belleza y hermosura espiritual, *pacífica* unidad de voces que cantan los loores de Dios, tal es el templo bizantino cuando el pueblo se congrega para celebrar la santa liturgia. Esta paz y sosiego del ambiente contagia a todos y todos la irradian a su vez. Queda verdaderamente excluída toda solicitud temporal.

Esta paz que portaban los Querubines en sus «múltiples ojos» y en sus «seis alas», la esparcen a lo largo de la liturgia, como incienso que perfuma incesantemente la asamblea eucarística. Si el himno querúbico es el intermezzo de armonía en la misa bizantina, hay al principio y al fin otro clarín de paz, que engarza *irénicamente* todas las partes de la liturgia. Terminada la proscomidia y antes de iniciar la liturgia de los catecúmenos, el sacerdote, pacificado ya en su interior, por dos veces pregona el canto de los ángeles, mensajeros del Nacimiento: «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», como si dijera, la Misa que es loor a Dios en las alturas es también paz para la tierra. Y al final de la liturgia, cuando ya ha concluído la Misa de los fieles, y el sacerdote les invita a abandonar el santo templo, lo hace recalcando una vez más la atmósfera de paz, que ha dominado la asamblea y debe perdurar en la vida del cristiano: «Salgamos en paz». ¡Qué despedida, qué «ite missa est» tan bello!

Si los engarces del formulario litúrgico bizantino rebosan en afectos de paz y de quietud espiritual, ¿cuál no será el contenido irénico de las fórmulas oracionales, que integran el sacrificio de la Misa? El cristiano oriental no puede olvidar la egregia figura de Cristo resucitado, pues que la Resurrección, además de ser de los dogmas fundamentales de nuestra Religión, es la fiesta central del rito bizantino; toda su mentalidad teológica es esencialmente teocéntrica y cristocéntrica, y tanto las ciencias sagradas como las ma-

nifestaciones de la vida cristiana rezuman el triunfo de la divinidad en la resurrección. El *Dominus vobiscum* de la liturgia romana, saludo litúrgico de contornos históricos imprecisos, lo sustituye la liturgia bizantina por las palabras con que Jesucristo saludaba a sus Apóstoles después de la Resurrección y que probabilísimamente acompañaba del gesto de la cruz para subrayar cómo la reconciliación y pacificación del mundo se obran en el sacrificio de la Cruz: «La paz sea con vosotros todos». Sin contar otros saludos y bendiciones, que implícitamente expresan también la idea de la paz, seis veces el liturgo bizantino, como otro Cristo vencedor de la muerte y resucitado, vuelto a la asamblea pronuncia las palabras, autoras de paz, de Jesucristo. Dos antes de la lectura de la Epístola y del Evangelio, son saludos a todos los catecúmenos; una es particular para el lector de la Epístola; otra para el diácono que ha anunciado el santo Evangelio; en la liturgia de los fieles, otras dos veces, una antes del Credo y otra después del Padrenuestro. Así se mantiene siempre actuante la paz en todos los momentos litúrgicos del rito bizantino.

Hemos dicho ya mucho sobre la paz en la liturgia de Bizancio, y esto bastaría para demostrarnos el irenismo de los formularios bizantinos de San Juan Crisóstomo y San Basilio. Pero queda aún mucho más. El Príncipe de la Paz y la hostia de placación de tal manera han desbordado sus torrentes de paz sobre la Misa oriental, que no solamente los rasgos generales, sino incluso las oraciones particulares rebosan la divina savia de la paz de Cristo, Sacerdote y Hostia. Podríamos comparar la liturgia bizantina con la blanca paloma del diluvio, sosteniendo en su pico el ramo de oliva, símbolo de la paz entre Dios y los hombres.

La primera oración que desflora conjuntamente la asamblea de los catecúmenos, lleva nada menos que el título de «Letanía de la paz», y viene a corresponder en la liturgia romana a los *Kyrie eleison*. Se llama de la paz y realmente lo es. Comienza el diácono: «Oremos en paz al Señor», para acentuar la tónica espiritual que debe dominar la reunión. Y continúa, mientras el pueblo le responde alternativamente *Kyrie eleison*, orando por la paz que nos viene de arriba y la salvación de nuestras almas; por la paz de todo el mundo, por el bienestar de las santas iglesias de Dios y la unión de todas ellas, por la abundancia de los frutos de la tierra y por la *apacibilidad* del tiempo, etc... Tras estas invo-

caciones de la gran Letanía de la paz, el diácono, alternando igualmente con el pueblo, dialoga otras dos letanías menores, y en ambas se insiste, con insistencia simbólica, en la paz de la oración litúrgica: «Una y otra vez oremos en paz al Señor»; como si esta paz, que es quietud de pasiones y es gracia de Dios, fuera garantía para recabar de lo alto la paz para las necesidades del mundo y de la Iglesia.

¿Por qué pide tan insistentemente la Iglesia la paz? El rezo de las bienaventuranzas, que tiene lugar los domingos en la liturgia bizantina, nos lo dice claramente: «Bienaventurados los *pacíficos*, porque serán llamados hijos de Dios». Sólo con la paz de Cristo, seremos hijos de Dios y herederos de su reino celestial. En armonía con esta enseñanza de las bienaventuranzas, las oraciones privadas del sacerdote y las que puede decir por los difuntos después del Evangelio, reflejan la necesidad de estar en paz con Dios y confiar en El, que es la paz y el descanso de sus escogidos.

Han salido los catecúmenos. Entran los fieles, durante el himno querúbico que simboliza la doble entrada de Cristo en el mundo, la primera, para *pacificarlo* con Dios; la segunda, la *parusia*, para sellar definitivamente esa *pacificación*, asegurando a los suyos la eterna bienaventuranza. La primera oración, que desflora conjuntamente la asamblea de los cristianos, es otra letanía de paz: «Pidamos al Señor un día perfecto, santo, *pacífico* y sin pecado; pidamos al Señor un ángel de *paz*, guía fiel y custodio de nuestras almas y nuestros cuerpos, pidamos al Señor lo que es bueno y útil a nuestras almas y la *paz* para el mundo; pidamos al Señor poder terminar el resto de nuestros días en *paz* y penitencia; pidamos al Señor una muerte cristiana, sin dolor, sin confusión y en *paz*...» Y como eco a estas ardientes súplicas de paz, los sacerdotes y diáconos entre sí, estampan en sus mejillas el beso cristiano, símbolo de la paz.

Podríamos preguntar nuevamente, ya que existe un paralelismo irénico entre ambas partes de la liturgia bizantina, ¿por qué la Iglesia insiste tanto en la oración por la paz? Si en la Misa de los catecúmenos respondíamos con las bienaventuranzas, ahora en la Misa de los fieles respondemos con el diálogo que abre el Prefacio: «Estamos en pie y con temor de Dios para ofrecer en *paz* la santa oblación», a lo que responde el pueblo: «(que es) misericordia de *paz* y sacrificio de alabanza». Alerta, con el santo temor de Dios en el alma, libres de temores mundanos que perturban la conciencia, en

paz con Dios, se ha de ofrecer la Eucaristía, porque ella es loor y paz; loor a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. No encontraremos fórmula que sintetice mejor los fines y efectos de la santa Misa, tanto el letreútico y eucarístico, como el impetratorio y propiciatorio. Continúa el Prefacio: «La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre y la comunicación del Espíritu Santo sea con vosotros todos. Elevemos los corazones (*sursum corda*). Démos gracias a Dios (*gratias agamus Domino, Deo nostro*)», coreado por el pueblo con respuestas equivalentes al Prefacio de la Misa romana.

Como la parte eucarística de la liturgia es infinitamente más importante que la homilética de los catecúmenos, nada nos puede extrañar que la Iglesia acentúe más la paz, que señorea el ágape de los cristianos. En los mementos del canon, de manera particular, tiene la liturgia un recuerdo afectuoso para todos los que dirigen la sociedad en nombre de Dios. Pide primeramente por el Jefe del Estado, por su Casa y sus Ejércitos, terminando así: «Concédele, Señor, un reinado *pacífico*, para que nosotros en la quietud de él disfrutemos de una vida santa, pura y tranquila» Pide sobre todo por el Santo Padre de Roma y por el Obispo de la diócesis, a los que llama «don de tus santas iglesias», concluyendo así la invocación: «que puedan predicar la palabra de tu verdad en *paz*, sanos, salvos y durante largos años».

Terminada esta invocación, el sacerdote se absorbe en la contemplación de los tremendos misterios, de que va a ser partícipe en la comunión. Al volver en sí y reabrir las puertas del iconostasio, después de distribuir las sagradas especies, resume en la acción de gracias las peticiones de paz hechas anteriormente, para que Jesucristo, Príncipe de la Paz, presente sacramentalmente en el cristiano, las grave indeleblemente en el alma: «Habiendo suplicado un día perfecto, santo, en *paz* y sin pecado, entreguémosnos a nosotros mismos, mutuamente y toda nuestra vida, a Cristo nuestro Dios». La oración de despedida es un broche bellísimo de irenismo: «Da, oh Señor, la *paz* al mundo creado por Ti, a la Iglesia, fundada por Ti, al Papa, a los Sacerdotes, a nuestras autoridades, a todos los hombres hechos por Ti». Sin duda alguna, la paz de lo alto que ha dominado la asamblea litúrgica se dispersa ahora por el ámbito universal de la *oikumene*, en alas del Espíritu vivificador, y los hombres seguirán viviendo en paz y lejos de toda solicitud temporal.

Conclusión.

Estas últimas palabras nos obligan a extender la mirada sobre el mundo actual en el que —parafraseando unas palabras del Papa Pío XI sobre una Cruz, que no era la de Cristo—, parece señorear una paz, que tampoco es la de Cristo, pues mientras ésta encuentra su simbolismo en la liturgia y sus raíces en Cristo, Autor de la gracia y Príncipe de la Paz, aquélla es hija de las tinieblas, perverso remedio de un mundo atormentado. Cristo y la Eucaristía son los antídotos eficaces de los males actuales y la garantía del retorno del mundo a su verdadera paz.

SANTIAGO MORILLO, S. I.